

# Los tilingos

(EL POETASTRO)

He aquí otra gran figura popular tan conocida como la yerba mate.

Recuerda, lector, á cuantos de estos tipos has tratado, de *luenga* "melena ruana, con más bichitos de salud que lana", de cara enjuta y rapada, tan esqueléticos y largos que dan la impresión de un trazo vertical que camina dotado de movimiento propio, vestidos de *fusé* negra ropa que tuvo hace tres lustros su era de triunfo, y que de tantos *lustros* que ha aguantado a fuerza de *aguardiente* ó benzina, echó un *lustre* extraordinario, tan brillante que alcanza á confundirla entre los cuerpos diópticos; casi *deseñados* de calzados, también triunfadores de entonces, del tiempo ido, y hoy, por lo tanto decadentistas, al igual que su intelecto—según el sentido moderno del epíteto—archivo de cuanto esmerito se conoce y desconoce, verdadera antología poética, literaria, filosófica, y... macanística, de versos, prosas y sentencias... ajenas, menos la última materia, que es producto genuino de estos *enciclopedistas*, exclusivamente propios. Eso sí que no se les puede quitar ni poner en tela de juicio, porque son en ello tan expertos como sumados profesores.

Pues bien, paciente lector, recuerda, co-

tario, que recién lo ve, por un erudito y un verbo inspirado. Eso cuando por casualidad dan con el tema exacto y no confunden espárragos con lentejas, que las más de las veces, por su estrechez de cerebro ó progreso de su manía, les acontece esto último, haciendo una espantosa *plancha* que ni los inmuta un ápice, porque están curtidos, amigos, curtidos, como lo oyen, en toda la extensión de la palabra.

Una noche inolvidable, en casa de una familia que festejaba el onomástico del jefe de la prole, cúpome la fatalidad de ser pasado de uno de estos infames victimarios durante cuatro horas, que me parecieron un siglo.

Excuso decirles que, como exordio en el patio de la casa, tomando el fresco de una noche invernal, puesto que en la sala era impropio ese largo recitado, hube de trármelo con toda la beatífica paciencia que me caracteriza "El borracho", de Joaquín Castellanos; "El Fausto", de del Campo; íntegro, medio tomo de los versos de Márquez y perdónennme estos, mis muy queridos poetas, las blasfemias que inconscientemente, en esas negras horas de mi vida, les propiné *in pectore* por su fecundidad—conjuntamente con cuatro atados de cigarrillos, de los que



mo arriba digo, á cuantos de estos tipos has tratado, y apuesto lo que no tengo que jamás te han de bastar los cinco dedos de la mano que te sirva de máquina numérica para contar el número de ellos.

Cuántas veces en el salón de baile, al que ha entrado mediante una *especial*, donada por un amigo, reportero de tal diario, se te apersonó el poetastro con su cara de hambre y su frente alta, con la actitud grave del que se eleva muchos palmos sobre el vulgo, y te ha preguntado con exagerada exquisitez:

— ¿Es usted de la comisión, caballero?

— No, señor.

— ¡Caramba! Me parecía. Como soy reportero de... (aquí el título del diario gracias al cual obtuve la entrada) necesito los nombres de las familias asistentes para la crónica de mañana.

Y ya se te prendió como pólipo, tratándose con una familiaridad de viejo amigo, y si ha notado que has leído mucho y eres afecto á la poética te endilgó una serie interminable de versos aparecidos hace diez años, y si nada de esto conoces, se te ha descolgado con todo un poema de Campomanes ó Núñez de Arce, tan populares como buenos, atribuyéndolos á su grandilocuente sabiduría.

Como han leído tanto, bueno y malo, y á falta de la templanza, la sinceridad, el amor al trabajo, el buen sentido y otras tantas cualidades comunes en el hombre perfectamente cuerdo—poseen una retentiva superior por el continuado ejercicio, saben tal cantidad de epigramas y pensamientos que en cualquier instante y por cualquier rutiña los aplican al caso, pasando ante el audi-

se fumó las tres cuartas partes mi fatal contenido.

¡Aquello fué el caos! ¡Un poema tras otro poema, una oda tras otra oda, un himno tras otro himno, ya fueran de autores conocidos ó de su cosecha, la del poetastro, y las figuritas retóricas, ora hermosas, ora desatinadas, iban desfilando como una cinta cinematográfica poseída del movimiento continuo! Parece increíble, señores, que haya boca que tanto hable... y también tímpanos que la aguanten!

Hubo un momento en que ese *furor locuendo*, con su insatisfacción logorrrea, me hizo creer un misérable mortal caído de cabeza en la monstruosa bocina de un monstruoso grabafono con un disco de cuatrocientos metros de circunferencia movido á fuerza eléctrica.

El broche final fué hermoso.

Después de ese *délirium tremens* me dice con toda frescura:

— ¡Quiere usted escuchar mi último soneto recientemente publicado?

— Venga, venga no más... —le dije con una voz de ultratumba.

Y empezó, pero al llegar al penúltimo pie no pude resistir más y reventé en una rara carcajada larga, tan larga que acudieron azorados todos los de la casa y me calmaron el extraño ataque con cinco ó seis copitas de carabanchele legítimo.

Era un soneto mío publicado hacia siete años en "La Liga Chilena", de Santiago!

Luego de esto estuve quince días en cama, atacado de sordera, enfermedad horrible de la que curé milagrosamente.

RAFael JOSÉ DE ROSA.